

El Imperio del Japón desde la perspectiva del Imperio de los Austrias

Autor: Daniel Ortiz de Lanzagorta Mugica. Grado de Historia, 4º curso
Tutora: Dra. María Rosario Porres Marijuán. Departamento de Historia
Medieval, Moderna y de América. Universidad del País Vasco

eman ta zabal zazu



Universidad del País Vasco Euskal Herriko Unibertsitatea

Resumen

Durante el siglo XVI y principios del XVII los contactos entre los ibéricos y los japoneses fueron muy intensos, los intercambios fueron tanto materiales como culturales y científicos. El presente trabajo es un estudio de la imagen que los integrantes del Imperio de los Austrias tenían de los japoneses. Quienes mayor conocimiento tenían de los japoneses eran los misioneros y mercaderes que habían visitado el lugar para comerciar o evangelizar. Fueron principalmente éstos quienes fabricaron una imagen muy positiva del Japón descubierto, poniendo el acento en su civilidad, policía, arte y cultura; creando de esta manera una distinción evidente entre los pueblos del extremo Oriente, América, India y África. Ésta imagen formada por los misioneros y mercaderes fue proyectada en diversos lugares del imperio con variaciones y diferencias sustanciales. El contexto sociocultural en el que esta imagen se integraba, así como las deformaciones derivadas del largo tiempo que tardaba la información en llegar, influía de manera decisiva en el modo en que esta imagen era adaptada e integrada en cada cosmovisión. En cualquier caso, dada la inmensidad y la complejidad cultural del imperio, resulta dificultoso cuando no imposible determinar con exactitud todas las diferencias y variaciones que existían. Especialmente difícil de determinar son aquellas deformaciones que podrían haberse dado en la cultura popular de la que por desgracia poseemos tan poca información.

Índice

0. Introducción: opinión pública y estereotipos.....	3
1. Estado de la cuestión.....	5
2. El Japón imaginado: belicosos, raros y civilizados.....	8
2.1 <i>América y los japoneses</i>	11
3. Explicando el Japón imaginado.....	12
3.1 <i>Los japoneses, pueblo predispuesto a la evangelización</i>	12
3.2 <i>Cipangu. La herencia medieval, el paraíso en oriente</i>	13
3.3 <i>Poder, autosuficiencia, cultura y tecnología</i>	14
3.4 <i>Un conjunto de razones</i>	16
4. Espacio y tiempo. La imagen de Japón fuera de Asia.....	16
4.1 <i>La imagen de Japón en América</i>	17
4.2 <i>La imagen de Japón en la Península</i>	18
4.3 <i>Espacio y tiempo en las adaptaciones</i>	19
5. Conclusiones.....	20
6. Bibliografía.....	21

0. Introducción: Opinión pública y estereotipos

Lo que procede de las imágenes simplificadas de la realidad es la realidad tal como la experimenta realmente la gente. Las “imágenes que tenemos en la cabeza” son la realidad. No importa verdaderamente cuál sea la realidad, porque sólo cuentan nuestras suposiciones sobre ella. Sólo ellas determinan las expectativas, esperanzas, esfuerzos, sentimientos.¹

Los estereotipos, las imágenes e imaginarios son importantes. Independientemente del tiempo, el lugar, la situación económica, el desarrollo o el conocimiento, todas las sociedades y por lo tanto todas las personas poseen una o varias culturas, esto es, claves mediante las que entender e interpretar el universo, imaginarios colectivos. Este trabajo pretende ser un análisis de la imagen que los europeos, concretamente los castellanos, tuvieron de Japón, el Lejano Oriente y, sobre todo, explicar el porqué, dentro del universo mental castellano, los japoneses o de manera general, el Lejano Oriente, eran vistos de una manera determinada y contrapuesta a los nativos americanos y a los pueblos europeos.

Desde una perspectiva actual, parece evidente que los pueblos prehispánicos y América en general significaron y aportaron muchísimo más al concepto-mundo de la mentalidad castellana. América aportó a ésta no solo la idea de “nuevo mundo”, de la “divina misión civilizadora y evangelizadora europea” o la identidad imperial a la decadente España del siglo XIX, sino también un volumen de documentación infinitamente mayor y muchísimo más prolongada en el tiempo. Desde la perspectiva de los acontecimientos históricos y de su importancia en la cosmovisión castellana y europea, Japón o China son indudablemente insignificantes si se comparan con América o incluso con el África portuguesa. Entonces ¿por qué estudiar Japón y no América y los pueblos prehispánicos? La respuesta es difícil. Es evidente que en la mayoría de los casos un estudio del mundo ibérico encontrará mucha más información en América o África antes que en China o Japón. Sin embargo, la documentación japonesa ofrece numerosas ventajas si lo que se pretende es entender la ordenación cultural del cosmos. Mientras que se puede realizar un trabajo sobre el lugar de los pueblos nativo-americanos en la mentalidad castellana sin hablar en absoluto de los pueblos de Extremo Oriente, el papel de América, como veremos más adelante, resulta central a la hora de comprender de que manera entendían y catalogaban los castellanos a los

¹ NOELLE-NEUMANN, Elisabeth: *La espiral del silencio*. Paidós, 1995, p. 134

pueblos orientales. En resumidas cuentas, el papel central de América en el viaje castellano hacia Oriente hacía que éste se definiera respecto al mundo americano y europeo, y no solo respecto al europeo-musulmán. Por eso, el estudio de los estados relativamente marginales (desde un punto de vista europeo) de Extremo Oriente ofrece una visión más contrastada y definida de una determinada ordenación del mundo.

En cualquier caso, el mayor problema teórico al que se enfrenta este tipo de trabajos es a la cuestión de su validez como modelo general en un mundo corporativo y diverso como lo es la Corona de los Austrias en el siglo XVI y XVII. Acostumbrados a vivir el mundo de masas donde las generalizaciones son más o menos válidas y la opinión pública más tangible que nunca, se nos hace difícil imaginar que en la sociedad del siglo XVI no existía tal homogeneidad. Existían numerosísimas culturas dentro de un mismo marco político, como podían ser las coronas o los reinos. Incluso dentro de un estamento o una corporación, podían existir diferentes culturas en función de su situación geográfica. El mundo era tan inmenso en términos relativos que la homogeneidad -también relativa-, era imposible. Sin embargo, eso no imposibilita de ninguna manera que se hagan estudios generales sobre una imagen, solo lo dificulta enormemente. Para explicar cómo era imaginado el Japón dentro de la Corona de los Austrias, habría que explicar no sólo lo que escribían los misioneros o mercaderes, sino cómo adaptaba y entendía la imagen de Japón cada grupo cultural.

Teniendo todo esto en cuenta, resulta imposible un análisis pormenorizado en un trabajo de este tamaño. Para ello haría falta además una minuciosa labor documental en varios idiomas y diferentes continentes. Lo que me propongo en este trabajo es explicar brevemente, con ayuda de numerosos artículos que en muchos casos no han sido puestos en relación, cómo se consideró a los japoneses de manera general, y cómo se adaptó esta imagen, formada principalmente por misioneros, a los diferentes contextos socioculturales a lo largo de los distintos lugares de la Corona.

1. Estado de la cuestión

Tras la restauración Meiji de 1868, el nuevo gobierno japonés envió en 1873 una embajada a Europa con motivo de darse a conocer y formar nuevas relaciones con las potencias europeas. Las nuevas corrientes intelectuales, abiertas a los cambios y a la modernización, veían la historia de su nación en términos de aislamiento. Japón era para ellos un país que se había negado a los cambios y al progreso, y que sin embargo había sufrido contactos ocasionales, efímeros y potenciados siempre desde el exterior. Con estas ideas en mente, la sorpresa de los embajadores fue mayúscula cuando en Italia se les mostraron pruebas de la segunda embajada japonesa de 1614². Por otro lado, el descubrimiento de que ellos no habían sido los primeros no era ninguna novedad para algunos intelectuales europeos. En Europa, y especialmente en los países católicos, se había escrito numerosa literatura al respecto. No es que los japoneses no supieran de los contactos con los europeos; al fin y al cabo, éstos se habían dado especialmente en el país nipón, pero los europeos parecían tener más detalles. Los motivos de esta diferencia son sencillos: en la Europa de los siglos XVI y XVII, el mundo católico había publicitado enormemente la ejecución de los mártires del Japón, de suerte que esta historia se había convertido en un suceso casi mítico que los historiadores de las órdenes religiosas repetían sin cesar al hablar de sus andanzas por Asia.

Como bien apunta Ainhoa Reyes Manzano, durante todo el siglo XX, y en especial durante el franquismo, la historiografía española referida a las relaciones hispano-japonesas sufrió de esta lacra, y se centró en hacer apología de la labor misional mediante la transcripción casi literal de los textos³. Los debates parecían dar mayor importancia a cuantificar los mártires que a valorar la importancia y el impacto de estas relaciones. Afortunadamente, durante las últimas décadas del siglo nuevos estudios fueron cambiando el paradigma y consiguiendo hacer análisis y síntesis mucho más profesionales. El primero en hacerlo fue Emilio Sola Castaño⁴, detrás vino Juan Gil y su obra *Hidalgos y samuráis. España y Japón en los siglos XVI y XVII* que se sustenta

² BERCHET, Guglielmo: *Le antiche ambasciate giapponesi in Italia*. Visentini, 1887, p. 5.

³ REYES MANZANO, Ainhoa: «Mitos y leyendas sobre las relaciones hispano-japonesas durante los siglos XVI-XVII». *Brócar. Cuadernos de Investigación Histórica*, 2005, nº 29, pp. 53-76.

⁴ Además de la tesis doctoral inédita de la que habla Reyes Manzano SOLA CASTAÑO, Emilio: *Relaciones entre España y Japón (1580-1614)*, tesis inédita, 1971. 3. Vols. Ha continuado publicando artículos y libros sobre el tema. Entre sus trabajos más recientes destaca SOLA CASTAÑO, Emilio: *Historia de un desencuentro. España y Japón, 1580-1614*. Madrid, 2012.

sobre una extraordinaria labor documental⁵, y resulta bastante más crítica que las historias contadas por religiosos. Como el mismo autor afirma en el prólogo: *Nuestros sabios y cronistas, religiosos en su mayoría, intentan salvar en la medida de sus fuerzas la parte alícuota de responsabilidad que en la génesis de este desastre podría tocar a su orden correspondiente*⁶. Sin embargo, la obra de Gil sigue teniendo sus limitaciones: en cuanto a fuentes solamente recurre a las españolas y su trabajo, aunque rompedor con la historiografía de los religiosos, está limitado a la historia político-administrativa.⁷

En la actualidad, la magnífica tesis de Ainhoa Reyes⁸ es quizá la obra más completa escrita sobre el tema. El trabajo, además de exhaustivo, abarca todo el marco de las relaciones hispano japonesas, desde los aspectos puramente religiosos hasta los políticos y administrativos, combinándolos a la perfección para medir el verdadero impacto que tuvieron los ibéricos en Japón y las causas y precedentes de su expulsión. Además de Ainhoa Reyes, Osami Takizawa también ha escrito bastante sobre el tema. En concreto, una magnífica síntesis de la historia de los jesuitas en Japón⁹, obra que tiene además el valor añadido de contrastar las fuentes hispano-portuguesas con las japonesas. Takizawa es además uno de los pocos que ha escrito un artículo (en dos partes) sobre *El conocimiento que sobre el Japón tenían los europeos*¹⁰. Aunque su idea es muy similar a la de este mismo trabajo, su artículo tiene un objetivo más descriptivo, centrándose más en el cómo los veían que en el porqué los veían así. Por ello, en el artículo encontramos numerosas referencias a todo tipo de comparaciones: desde las vestimentas hasta los hábitos, pasando por cómo definían a las mujeres, niños, gobierno, etc., pero no una causa que explique la imagen evidentemente desigual que existía entre lo europeo, lo indio y lo oriental. Por otro lado, el trabajo de Fernando

⁵ GIL, Juan: *Hidalgos y samuráis: España y Japón en los siglos XVI y XVII*. Alianza Editorial, 1991. Son de agradecer trabajos como éste que aportan abundante documentación transcrita. Numerosas referencias de este trabajo se han obtenido de dichas transcripciones.

⁶ *Ibidem*, p. 13.

⁷ Aunque, más que una limitación parece un claro avance respecto a la historia misional.

⁸ REYES MANZANO, Ainhoa: *La Cruz y la Catana: relaciones entre España y Japón (Siglos XVI-XVII)*. Tesis Doctoral. Universidad de La Rioja, 2014.

⁹ TAKIZAWA, Osami: *La historia de los jesuitas en Japón (siglos XVI-XVII)*. Universidad de Alcalá, 2010.

¹⁰ TAKIZAWA, Osami: «El conocimiento que sobre el Japón tenían los europeos en los siglos XVI y XVII (I): Japón lugar de evangelización». *Cauriensia*, 2010. Y su segunda parte: TAKIZAWA, Osami. «El conocimiento que sobre el Japón tenían los europeos en los siglos XVI y XVII (II): los japoneses destinatarios de la evangelización». *Cauriensia*, 2010.

Iwasaki, sin hacer una descripción tan milimétrica, otorga a este tema un enfoque más cultural al plantear que las diferencias en esta percepción tenían mucho que ver con cómo creían los misioneros que los “bárbaros” recibían el mensaje evangélico: a ojos europeos, los japoneses parecían más propensos a cristianizarse —quizá por determinadas apariencias culturales— que los indios¹¹. He querido dejar para el final la obra de Antonio Cabezas García¹² por lo controvertido de su metodología. Ainhoa Reyes comentaba de su trabajo que *se pierde en datos anecdóticos y no profundiza en hechos más fundamentales (y en que, por desgracia se basan la mayoría de trabajos más recientes)*¹³ para luego comentar la falta de rigor metodológico de su obra, la cual ni plantea una cuestión específica ni cita ninguna de sus fuentes. Aún estando de acuerdo en lo fundamental de sus críticas, y pese a que considero que la metodología empleada es en efecto inadecuada, la obra de Antonio Cabezas no está carente de virtudes. Esa misma ausencia de preguntas que impide vertebrar su obra y que fomenta el conocimiento enciclopédico, ha puesto de relieve aspectos de las relaciones hispano-japonesas aparentemente marginales, pero que pueden ser de valor para acercamientos más culturales a este tema.

Como vemos, las publicaciones sobre el tema de las relaciones hispano-japonesas han mejorado cualitativamente en el último siglo. Sin embargo, pese a los numerosos avances, la gran mayoría de trabajos - con algunas excepciones como la de Reyes o Iwasaki - han dado mucha más importancia a los enfoques materiales que a los culturales o, en su defecto, han tomando el discurso de la época como explicación y no como un elemento a explicar.

Por otra parte, dejando de lado los trabajos que tratan estrictamente las relaciones hispano-japonesas y colocándonos en el marco superior de las relaciones Europa-Extremo Oriente, existen otras obras que sí han tratado el tema de la imagen europea sobre estas tierras. El magnífico libro de Manel Ollé sobre *La invención de China*¹⁴ es un claro ejemplo. La importancia que da a la percepción hispana sobre el Extremo Oriente así como su documentado análisis de la herencia medieval en la

¹¹ IWASAKI, Fernando: *Extremo Oriente y el Perú en el siglo XVI*. Fondo Editorial PUCP, 2005.

¹² CABEZAS, Antonio: *El siglo ibérico del Japón: la presencia hispano-portuguesa en Japón (1543-1643)*. Universidad de Valladolid. Secretariado de Publicaciones. Valladolid, 1995.

¹³ REYES MANZANO, Ainhoa: «Mitos y leyendas...», p. 73

¹⁴ OLLÉ, Manel: *La invención de China: Percepciones y estrategias filipinas respecto a China durante el siglo XVI*. Harrassowitz Verlag, Wiesbaden, 2000.

imagen sobre la China del siglo XVI hace de este libro una obra imprescindible para cualquier trabajo sobre este tema. Además, por vías alejadas del estudio histórico, las diversas disciplinas han avanzado de una manera muy interesante y novedosa. Trabajos de literatura comparada, sociología o historia del arte han aportado perspectivas muy interesantes al estudio de las relaciones hispano-japonesas, enfatizando las dimensiones culturales de las relaciones. Quizá la publicación interdisciplinar más completa hasta la fecha es la obra colectiva *Japón y España: acercamientos y desencuentros (siglos XVI y XVII)* que contiene desde capítulos sobre la imagen que los misioneros tenían del arte japonés hasta comparaciones literarias entre autores españoles y japoneses durante el Siglo de Oro¹⁵.

2. El Japón imaginado: Belicosos, raros y civilizados.

Resulta muy difícil recrear la visión uniforme o estandarizada del Japón de la época, probablemente porque no existía tal uniformidad. Las opiniones eran de hecho muy diversas y dependían profundamente del contexto político del momento. Así, por ejemplo, hubo quien, creyendo erróneamente que los japoneses se preparaban para invadir las Filipinas cuando en realidad se encaminaban a Corea¹⁶, llegó a afirmar que Hideyoshi era poco menos que un tirano¹⁷ y que los japoneses eran *gente belicosísima*¹⁸. Otros sin embargo —a veces los mismos en otro tiempo— afirmaban que *no se puede negar, quanto la aquella gente sea generalmente de noble y cortés naturaleza*¹⁹. Dicho esto, no es menos cierto que, pese a la diversidad, las tensiones y las cambiantes circunstancias, existían determinadas características comunes a todas las imágenes.

Autores como Antonio Cabezas han realizado una síntesis de estos aspectos comunes, concluyendo que los japoneses eran vistos de una manera positiva y sus costumbres eran opuestas a las europeas²⁰. En la misma línea, quien quizá haya

¹⁵ ZAMORA CALVO, María Jesús (Ed.): *Japón y España: acercamientos y desencuentros (siglos XVI y XVII)*, Satori Ediciones, Gijón, 2012; BARLES BÁGUENA, Elena: «El arte japonés desde la mirada de los misioneros de la Compañía de Jesús durante el Siglo Ibérico en Japón (1543-1640)», *Ibidem*, pp. 47-64; FERNANDEZ, Jaime: «El honor del pueblo según los teatros de Lope de Vega y Monzaemon Chikamatsu: semejanzas y diferencias», *Ibidem*, pp. 81-92.

¹⁶ GIL, Juan: *Op. Cit.*, p. 65

¹⁷ A.G.I., Filipinas. 18-B, 2 n° 7-A, citado en GIL, Juan: *Op. Cit.* p. 38.

¹⁸ A.G.I., Filipinas. 19, n° 95, citado en GIL, Juan: *Op. Cit.* p. 65.

¹⁹ BUXEDA DE LEYUA, *Historia del reino de Japón y descripción de aquella tierra*, Zaragoza, 1591, p. 5.

²⁰ CABEZAS, Antonio: *Op. Cit.*, pp. 60-61.

estudiado mejor estas características sea Osami Takizawa en su artículo “El conocimiento que sobre el Japón tenían los europeos” donde afirma que *para los europeos, Japón era un país que poseía diversas tradiciones y costumbres desconocidas. Sin embargo, para ellos, las diferencias que encontraron fueron objeto de intenso interés y admiración, mas no de exclusión o desprecio*²¹. Fueran esas tradiciones verdaderamente diferentes y opuestas a las castellanas o no, lo cierto es que los castellanos y portugueses se fijaban muy minuciosamente en las diferencias. Tanto es así que Buxeda de Leyva comentaba que *sus costumbres y conversación son tan diferentes de las de otras naciones como si aposta procurasen hazer en todo al contrario de los otros así en hablar como en las ceremonias y acogimientos en el modo de tratar en el de sentarse, en el de edificar y curar los enfermos, en criar los hijos y finalmente en todas la demás acciones*²². En 1585 se publicaba el *Tratado sobre las contradicciones y diferencias de costumbres entre los europeos y japoneses* del misionero portugués Luis de Frois donde enumeraba una por una más de cuatrocientas diferencias que encontraba entre el mundo europeo y el japonés, explicando desde las diferencias en el vestir, hasta la manera de comer o la dieta²³.

Por otro lado, no es menos cierto que muchos castellanos y portugueses se fijaron igualmente en los aspectos comunes de ambas culturas. Un fraile misionero afirmaba que los japoneses *tienen sus armas como los españoles*²⁴. Otros defendían que su idioma *es el mejor y mas elegante, que ay en todas aquellas partes que se han descubierto; y aun mas abundante y que mejor declara los conceptos que el Latino: porque fuera de aver gran variedad de vocablos para significar una misma cosa, tiene también de su naturaleza cierta elegancia y propiedad maravillosa*²⁵. En la península, Gracián decía en *El Criticón* que los japoneses *son los españoles de Asia*²⁶. Aunque a priori podría parecer que estas cosas que los españoles consideraban similares eran sencillamente elogios, hay quien dice que la actitud de Gracián por ejemplo era bastante pícaro, y que en esa famosa frase estaba acusando a los japoneses de ser tan soberbios

²¹ TAKIZAWA, Osami: «El conocimiento que sobre el Japón tenían los europeos en los siglos XVI y XVII (I): Japón lugar de evangelización»: Op. Cit p 44

²² BUXEDA DE LEYUA, Op. Cit., p. 5.

²³ FROIS, Luis: *Tratado sobre las contradicciones y diferencias de costumbres entre los europeos y japoneses (1585)*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2003.

²⁴ A.G.I., Filipinas, 79, 2 nº 17, citado en GIL, Juan: Op. Cit. p. 29.

²⁵ BUXEDA DE LEYUA, Op. Cit. p. 11.

²⁶ Citado en FERNANDEZ, Op. Cit. p. 91 «»

como los españoles²⁷. Aunque con dudas sobre lo positivo de las palabras de Gracián, lo cierto es que no toda similitud con lo español tenía que ser necesariamente positiva y desde luego, algunas de las costumbres japonesas, incluso las que eran contrarias, podían parecer costumbres muy positivas y civilizadas a los ibéricos.

El porqué de que todo lo que veían en Japón lo categorizaban como similar, igual o contrario, es debido a que, como es lógico, toda definición de lo extraño se hacía desde lo propio. En sus descripciones muchas veces decían más de sí mismos que de los extranjeros. Incluso a la hora de explicar el sistema político-administrativo japonés lo hacían respecto al suyo y utilizando los mismos términos. Según decían los ibéricos,

«...en primero y supremo lugar estan los que llaman *Icati*, que es lo mismo que por aca reyes, porque son señores de reynos enteros con absoluta potestad y dominio para mandar. Y quedandose estos una sola parte y igual, o poco mayor para si y si casa, lo de mas de sus tierras y señoríos lo distribuyen a diversas personas que los llama *cunixu*, que es lo mismo que entre nosotros duques o marqueses o condes. Los *cunixu* tienen tonos que son lo mismo que entre nosotros barones»²⁸.

Por último estaban los samuráis que eran los hidalgos de aquellas tierras²⁹.

Otro rasgo a destacar es lo extraordinariamente positivo del Japón imaginado. Exceptuando las contadas ocasiones en que los Europeos se referían a la “diabólica” religión nativa, a la común práctica del aborto³⁰, o al miedo a la invasión de las Filipinas, la inmensa mayoría de las alusiones a su cultura estaban cargadas de connotaciones positivas. Pese a que sus iglesias eran *horrendas y terroríficas, con figuras de diablos abrasados al fuego*³¹, el resto del arte y arquitectura era admirado por los misioneros³², igual que el idioma, su severa policía y su carácter.

²⁷ HIGASHITANI, Hidehito: «Baltasar Gracián y la formación de su concepto idealizador e imaginativo sobre lo japonés», en ZAMORA CALVO, María Jesús (ed): *Op. Cit.* p. 133.

²⁸ BUXEDA DE LEYUA, *Op. Cit.* p. 8.

²⁹ Las referencias a los Samuráis como Hidalgos son innumerables. De hecho, es difícil encontrar un texto en que se use la palabra Samurái y no Hidalgo.

³⁰ Luis Frois decía que “en Japón es tan común que hay mujeres que abortan hasta veinte veces” FROIS Luis: *Op. Cit.* p. 50

³¹ *Ibidem.* p. 68.

³² BARLES BÁGUENA, Elena: *Op. Cit.* p.

2.1 América y los japoneses

Quizá la manera mas sencilla de mostrar cómo de positiva era la imagen de Japón y donde encajaba exactamente dentro del universo mental posterior al descubrimiento de América sea explorando las comparaciones con el mundo americano. América funcionaba como nexo entre el mundo castellano y japonés, era la frontera por la que pasar para llegar al Extremo Oriente. Esta frontera funcionaba tanto de manera física, separando el océano Pacífico del Atlántico, como psicológica, cumpliendo la función de puerta a mundos a veces cuasi-fantásticos, el Lejano Oriente tan mitificado en época medieval³³. Aunque había por supuesto quien comentaba que los japoneses eran *negros y de costumbres bárbaras*³⁴, la mayoría consideraba a los japoneses en una categoría diferente que los indios americanos o los negros africanos. Buxeda de Leyva decía que los japoneses tenían *tan buen natural, que quanto a esto aventagen no solamente a los indios, pero también a nosotros*³⁵ y Valigniano comentaba que eran *todos blancos, corteses y muy civilizados*³⁶, tanto, que incluso podían ser ordenados con cargos eclesiásticos, teniendo en 1614 muchos más sacerdotes seculares japoneses que sacerdotes nativo-americanos³⁷. En el contexto del debate de Valladolid³⁸, y mientras se redefinían conceptos como civilidad y barbarie ante los nuevos mundos descubiertos, los japoneses estaban posicionados en un peldaño superior a los indios, en un nivel similar o a veces superior al europeo, si no fuera por la última frontera en el camino a la civilización, el cristianismo. En el caso portugués, aunque América no formaba parte del trayecto a Japón, África y la India desempeñaban un papel similar, el de contraste a la imagen de Japón. “Todos los mercaderes portugueses que vienen de Japón, me dicen que, si yo allá fuese, haría mucho servicio a dios nuestro señor, más que con los gentiles

³³ Sobre la mitificación de Extremo Oriente ver la página XX y el magnífico trabajo de Manel Ollé “La invención de China”, concretamente el capítulo “la herencia Medieval”.

³⁴ ELISON, George: *Deus Destroyed: The Image of Christianity in early modern Japan*, Cambridge, Harvard University, 1973, p. 56, citado en KLOR DE ALVA, J. Jorge, & QUARTUCCI, Guillermo: «La imagen de los japoneses en el pensamiento de los misioneros: un estudio comparativo de sus efectos en los intentos proselitistas en Japón y la Nueva España». *Estudios de Asia y Africa*, 1983, pp. 1-14.

³⁵ BUXEDA DE LEYVA, *Op. Cit.* p. 5

³⁶ BOXER, C. R.: *The christian century in Japan, 1549-1650*, Berkeley, Los Angeles, University of California, 1965, p. 74, citado en KLOR DE ALVA, Jorge: *Op. Cit.* p. 3.

³⁷ *Ibidem.*

³⁸ Debate planteado sobre fundamentos teológicos en el que se disputaba el derecho de los pueblos conquistados a ser libres en tanto eran considerados humanos y poseedores de alma o, por el contrario, la necesidad y derecho de los españoles a someterlos para imponer la civilización y el cristianismo.

de la India, por ser gente de mucha razón”³⁹ decía San Francisco Javier.

En resumidas cuentas, Japón, aunque también otros imperios orientales como China, aparecía como el más civilizado de los pueblos bárbaros. Los indios y americanos eran considerados salvajes inferiores, y los negros —palabra que se usaba como sinónimo de barbarie— ocupaban el escalafón más bajo en la visión de quienes habían visitado aquellas tierras. Japón, como el punto más alejado de las travesías castellanas pero también portuguesas, era comparado y contrastado con lo que aquellos misioneros habían visto y experimentado durante el viaje. América, África e India aparecen en los escritos como paradas clave en el viaje hacia fabulosas civilizaciones orientales.

3. Explicando el Japón imaginado

Los japoneses eran vistos por los ibéricos que lo habían visitado de manera positiva, como una civilización extraordinariamente rara y civilizada. ¿Cómo puede explicarse una diferencia tan abrumadora en las comparaciones? ¿Qué era lo que volvía a los japoneses cuasi civilizados a ojos europeos? La respuesta no es en absoluto sencilla, y en mi opinión influyeron numerosos factores desde los religiosos hasta los administrativos junto a las creencias previas.

3.1 Los japoneses, pueblo predispuesto a la evangelización

Este es sin duda el argumento más utilizado para explicar lo positivo de la imagen de Japón. Autores como Iwasaki o Takizawa defienden que “la impresión que fueron teniendo los religiosos sobre la gente de Japón, basculaba entre una visión optimista o pesimista dependiendo de los frutos apostólicos que obtenían.”⁴⁰ Es además cierto, que muchas de las fuentes que hablan de Japón de una manera amable y positiva comentan su predisposición a la conversión y al cristianismo. *Están muy pronto a ser todos cristianos si oviera quien les oviera predicado y predicase. Los que lo son, son buenos christianos a lo que parece, y sin serimonias* decía Manrique⁴¹.

³⁹ DE LA FUENTE, Ricardo: «Presentación» en FROIS, Op. Cit. p.14

⁴⁰ TAKIZAWA, Osami: «El conocimiento que sobre el Japón tenían los europeos en los siglos XVI y XVII (I): Japón lugar de evangelización»: *Op. Cit p. 43*

⁴¹ GIL, Juan: *Op. Cit.* p. 29.

Es indudable que la religión cumplía un papel fundamental en la creación de la imagen, especialmente si se tiene en cuenta que la gran mayoría de quienes visitaban Japón eran misioneros, y que la práctica totalidad de las fuentes son misionales. Los frutos apostólicos obtenidos, especialmente entre los numerosos daimyos conversos, sin duda contribuyeron a una valoración positiva del pueblo japonés. Sin embargo, el factor religioso no pudo haber sido el único en la ecuación, puesto que de ser así no se acaba de explicar por qué la imagen era tan positiva en comparación con las otras regiones. De la misma manera que se argumenta que la buena opinión sobre los japoneses se debía a su predisposición religiosa, se podría argumentar que los veían predispuestos por la positiva opinión que tenían de ellos, lo cual sería incluso más sensato teniendo en cuenta el fatídico final.

3.2 Cipango. La herencia medieval, el paraíso en Oriente

De la misma manera que entre Griegos y romanos existía una exaltación mitológica del Extremo Occidente, la tradición bíblica situaba el paraíso terrenal en Oriente.⁴² A medida que crecían los conocimientos geográficos, el paraíso era paulatinamente desplazado hacia los extremos más alejados de Oriente.⁴³ El halo legendario de aquellas tierras se veía además incrementado por leyendas, tomadas como ciertas, como la del Preste Juan, un supuesto gobernante cristiano del lejano Oriente que los ayudaría en la lucha contra el infiel y cuyo reino era extraordinariamente rico. La leyenda del preste Juan, junto con algunas características de la cultura China hicieron creer a los misioneros que había existido una forma primitiva de cristianismo en China⁴⁴. Si el Lejano Oriente y China habían sido convertidas en mito de aquella manera, Japón lo había sido incluso más más.

Gran parte del conocimiento de ese Oriente áureo era debido a testimonios como el de Marco Polo, quien había visitado China durante el siglo XIII y había divulgado su travesía en el afamado *Los viajes de Marco Polo*, con una mezcla de mitos y fantasías como las que se observan en el igualmente famoso *Los viajes de Juan de Mandeville*. Lo cierto es que Marco Polo Nunca visitó Japón por lo que su descripción del lugar era

⁴² OLLÉ, Manel: *Op. Cit.* p.14.

⁴³ *Ibíd.*

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 10

muy diferente de la que hacía de China. El Cipango de Marco Polo se parecía mucho más a toda la parafernalia mitológica relacionada con Oriente, que con su exhaustiva descripción de China. Éste lugar estaba descrito como “la tierra del oro”, un lugar extraordinariamente rico y próspero, lo que contribuyó a alimentar el mito de un “el dorado” oriental situado en las islas Japonesas o en las Filipinas.⁴⁵

En definitiva, el lejano Oriente había sido concebido como el lugar de las leyendas, del paraíso, de riqueza y civilización cristianas dentro de la cosmovisión europea. Japón en particular era asociado a Cipango, el dorado oriental. Como dice M. Ollé de China *Si bien no se puede afirmar que el paradigma ibérico de percepción del gran reino de China, marcado por la mitificación positiva y hiperbólica, dependa de la pervivencia del patrón mítico de un Oriente paradisiaco, no se puede desdeñar este dato como conformador de un haz de expectativas que condicionaban sin duda la ineludible selección y jerarquización de datos a describir*⁴⁶. Aunque no el único factor, las preconcepciones y creencias medievales, influenciaron mucho la imagen que se tenía de China y Japón.

3.3 Poder, civilización, autosuficiencia, cultura y tecnología

Hemos hablado antes de los nativo-americanos como inferiores dentro de la cosmovisión de aquellos que habían visitado Japón. Eso no quiere decir sin embargo que éstos fueran vistos de una manera negativa. Desde *el Descubrimiento* y especialmente tras los debates de Valladolid, existía un discurso favorable a los indígenas. Sin embargo, aunque en determinados discursos los nativos americanos eran vistos favorablemente, lo eran por su inocencia y desconocimiento, seguían siendo menores de edad, ya se buscara preservar su pureza alejándolos de los españoles o creyendo que necesitaban ser civilizados. Los japoneses en cambio, eran autosuficientes, tenían una fuerza militar importante, no parecían ser conquistables y se los temía en las Filipinas. Japón, aunque con excepciones, era visto desde el respeto por su poder militar, especialmente tras la unificación⁴⁷. Desde el principio se vio a los

⁴⁵ Ibídem, p. 16

⁴⁶ Ibídem, p.14

⁴⁷ Cuando los primeros castellanos y portugueses llegaron a tierras niponas, el lugar se hallaba fracturado en pequeños feudos cuasi independientes gobernados por Daimyos que batallaban entre sí. A partir de mediados del siglo XVI comenzó un proceso de unificación de Japón protagonizado en un primer momento por Oda Nobunaga y continuado por Hideyoshi Toyotomi y Ieayasu Tokugawa. La

daimyos como potenciales aliados para una hipotética conquista de China⁴⁸ y cuando Gracián decía que los japoneses eran los españoles de Asia —aunque fuera con un tono burlesco—, les confería cierto temperamento temerario y poder.

Por otra parte, había motivos que podían tener los europeos para admirar Japón al margen de su poderío militar. Es indudable que muchos sentían cierta atracción por su cultura y su arte. Cosme de Torres escribió que *son muy diestros en hacer coplas, y la mayor parte de los hidalgos se ocupan en este ejercicio*⁴⁹. Su administración se parecía en cierto sentido a las europeas, al menos a ojos hispanos. La tierra estaba roturada, poseían castillos y fortalezas y su sistema de gobierno recordaba a la organización corporativa europea⁵⁰. Por otro lado, parecían sentir cierto respeto por el extraordinario orden público, aunque convenían que las penas eran extraordinariamente duras, en palabras de Antonio Cabezas *al que robaba un pepino lo crucificaban*⁵¹. También percibían los europeos ciertas semejanzas en la cortesía, aunque la japonesa tenía muchísimas más normas. *La policía, limpieza y cortesía de los japoneses, y la prudencia en su modo de proceder no cede a ninguna otra nación de las nuestras [...] Hay tantas manera de puntos y cumplimientos y tantas leyes de cortesía, que sin duda es cosa de espanto. Y aunque al principio los de Europa las extrañan, después que se tiene más experiencia, parecen bien y puestas en mucha razón* decía Valignano⁵². Otro de los aspectos que aparece resaltado de manera positiva y relacionado con la civilización es el de la limpieza, *los cavalleros cristianos tienen sus casas muy linpias y muy lindas*⁵³, aunque resulta curioso que aquello de ser tan limpios no fuera algo siempre positivo. Valignano permitió que los jesuitas se bañaran un máximo de una vez cada ocho días. Pasar de ahí sería ya vicio y molicie, decía⁵⁴.

situación previa a la unificación favorecía a los misioneros cristianos quienes podían contactar libremente y de manera independiente con los Daimyos, tanto para comerciar como para convertirlos al cristianismo.

⁴⁸ GIL Juan: *Op. Cit.* p.

⁴⁹ CABEZAS, Antonio: *Op. Cit.* p. 65.

⁵⁰ Como he comentado con anterioridad, los castellanos realizaban símiles entre los diferentes estratos de la administración japonesa y la propia. Ver p. 8.

⁵¹ CABEZAS, Antonio: *Op. Cit.* p. 53.

⁵² *Ibidem*, p. 65.

⁵³ BUXEDA DE LEYVA, *Op. Cit.* p. 29.

⁵⁴ CABEZAS, Antonio: *Op. Cit.* p. 65.

3.4 Un conjunto de razones

No existe una sola causa por la cual los misioneros tenían una imagen tan positiva e hiperbólica de los japoneses. Los factores fueron muy diversos, desde la existencia de una cultura avanzada, en la que los europeos veían reflejada su propia civilización y contrastada a otras civilizaciones como las mesoamericanas; hasta una predisposición a encontrar maravillas en aquella cultura, dada la mitificación que se había dado de Oriente y en concreto de Japón durante la edad media. Es probable que ambos elementos contribuyeran asimismo a fomentar la idea de que el pueblo nipón era más propenso que los demás a la evangelización y a la cristianización.

4. Espacio y tiempo. La imagen de Japón fuera de Asia

Hemos hablado hasta ahora de la imagen de Japón en general, particularmente, de la imagen que se habían hecho los misioneros y gente que había visitado directamente aquellas tierras y de los orígenes de esa percepción tan especial. Pero, como ya hemos adelantado en la introducción, es absolutamente imposible hablar de una imagen universal del Japón dentro de una Corona con varias sociedades, al menos una en el Nuevo Mundo y otra en el Viejo, y con infinidad de culturas increíblemente diversas que van desde las de “la alta sociedad” hasta la cultura “religiosa-misional” y culturas regionales y campesinas. Culturas todas con diferentes modelos interpretativos. ¿Como afectó y se adaptó, si es que lo hizo, la imagen creada y difundida por los misioneros en los diferentes estratos socioculturales? Resulta extremadamente difícil analizar cómo esta imagen, creada por aquellos que habían visitado las tierras niponas así como por el marco mitológico preexistente, se deformó, cambió y se adaptó a los diferentes lugares a los que llegaba. Existen sin embargo escritos muy particulares que arrojan algo de luz sobre este asunto y permiten especular sobre la manera en que “Japón” se insertó en las diversas culturas hispanas.

4.1 La imagen de Japón en América. Misioneros e indígenas

Quizá la más sencilla de estudiar sea la imagen que sobre el Imperio nipón tenían los misioneros de Nueva España. Su proximidad geográfica y su relación con los hermanos de sus respectivas órdenes que ya habían visitado el país japonés, les proporcionaban gran cantidad de información. Su situación además era similar, se encontraban en América para “civilizar” y convertir a los pueblos indígenas. Teniendo en cuenta el contexto, no es de extrañar que la imagen de los japoneses fuera similar en cuanto a positiva. Por supuesto, no se conocía con la misma profundidad su cultura, pero no por ello resulta menos interesante el rol que les asignaban. Algunos misioneros de la Nueva España habían convertido a los japoneses en una especie de *modelo de bárbaro ideal*.⁵⁵ Sorprendentemente, los japoneses estaban relacionados de manera muy estrecha con la labor misional y eran utilizados como herramientas para la evangelización: los misioneros los utilizaban ante los “bárbaros” indígenas como un modelo a imitar para salir de la barbarie⁵⁶. Como bastantes autores han echo notar, resulta irónico que en el pueblo teóricamente más cercano y propenso a la cristianización, los cristianos acabaran expulsados o asesinados, mientras que en los pueblos “más bárbaros”, el cristianismo fuese todo un éxito.

Existen otros testimonios de los japoneses en América que ni están escritos por misioneros ni son una deformación de la imagen proveniente de los mismos. Con motivo de la embajada japonesa de 1614 a Madrid, el cronista Chimalpahin, descendiente de la nobleza indígena, dejó escrito en nahuatl una crónica de lo que había representado la embajada en México⁵⁷. Aunque demasiado descriptiva, su crónica es extraordinariamente valiosa por el idioma en que está escrita⁵⁸, y por representar a un estrato social diferente del misional y relacionado tanto con la elite criolla como con la indígena. Para Chimalpahin por lo que veía de su vestimenta y modo de andar, los japoneses eran arrogantes *no gentes mansas, no humildes, tan solo como águilas andan* y tenían *rostros como de mujer*. Sin embargo, esto no impedía que siguiera viéndolos como nobles gentes, de una manera bastante positiva. ¿Era esto quizá la influencia de la

⁵⁵ KLOR DE ALVA, J. Jorge, & QUARTUCCI, Guillermo: *Op. Cit.* p. 10

⁵⁶ *Ibidem*.

⁵⁷ LEON PORTILLA, Miguel, “La Embajada de los japoneses en México, 1614. El testimonio en nahuatl del cronista Chimalpahin”, *Estudios de Asia y África*, Vol 16 (2), El Colegio de México, pp 215-241

⁵⁸ Afortunadamente, la integridad del texto ha sido traducida por Miguel Leon Portilla en su artículo.

opinión de los misioneros que se había trasladado y transformado a otros grupos sociales o era debido a las expectativas creadas por el tratado de comercio que pretendía implantar la embajada? Es difícil saberlo, Chimalpahin hacía referencia tanto a los beneficios del tratado⁵⁹ como a la celebración de los bautizos de los japoneses cristianos de la embajada⁶⁰. En cualquier caso, Chimalpahin tenía una imagen muy sesgada de lo que era Japón. Tras ver a los japoneses pensaba que el peinado Chonmage —símbolo de estatus— era el peinado normal entre los nipones⁶¹ por lo que cabe presumir que aunque es posible que le hubiera llegado alguna información sobre el país, ésta fuera muy general y no tan precisa como la de los tratados de Frois u otros misioneros.



Hasekura Tsunenaga⁶² la tras su conversión en Madrid (izquierda) y más adelante en Roma (derecha). Ambas pinturas realizadas por autores europeos durante la visita de la embajada en 1615.

4.2 La imagen de Japón en la península

Ya en la península, además del criticón de Baltasar Gracian que he citado con anterioridad, existen otros testimonios sobre los japoneses como son las obras, atribuidas a Lope de Vega, “Los primeros mártires de Japón” y “El triunfo de la Fe en

⁵⁹ *Ibidem.* p. 233

⁶⁰ *Ibidem.* p. 235

⁶¹ *Ibidem.* p. 234

⁶² Samurai al servicio de Date Masamune, encabezó la segunda embajada Japonesa (de la que habla Chimalpahin) a Castilla y a Roma. Tras su bautizo cambió el nombre a Felipe Francisco Hasekura.

los reinos del Japón”. Escritos ambos durante la primera mitad del siglo XVII, las obras resultan ideales para entender cómo se transmitía y se entendía lo japonés dentro de determinados círculos culturales de la alta sociedad peninsular. Uno de los aspectos más interesantes de “Los primeros mártires de Japón” es la manera en que el tiempo y el espacio habían deformado los acontecimientos. En la obra de Lope, Taicosama (Hideyoshi) aparece como salvador de los cristianos y no como su ejecutor⁶³. Una vez más los japoneses se imaginaban como pueblos exóticos, con monstruosas religiones pero al mismo tiempo civilizados y similares.

Estudiar que imagen se tenía del Japón en la “cultura popular” resulta una misión imposible sin una muy amplia labor documental e incluso en ese caso, probablemente solo podrían barajarse hipótesis bastante sesgadas, teniendo en cuenta el descomunal peso de la cultura oral en estas comunidades. En cualquier caso, existen indicios que podrían inducir a pensar que entre los estratos populares -aunque probablemente también en otros superiores- se mantenía la imagen mitológica de época medieval con sustanciales deformaciones en cada caso. El molinero Menocchio, del que Ginzburg escribió un magnífico libro analizando y estudiando la cultura popular, había leído *los viajes de Juan de Mandeville* y, al depender únicamente de su memoria, mezclaba los libros y los relatos, ya de por sí fantásticos formando una imagen muy particular de algunos pueblos indígenas.⁶⁴ Aunque es cierto que Menocchio era un molinero excepcional y es probable que en muchas comunidades no se conociera el nuevo mundo o el Oriente mas que de manera superficial, no sería de extrañar encontrar imágenes de Oriente o de Japón -donde las hubiera- extraordinariamente deformadas y quizá mezcladas con las de otros lugares y leyendas.

4.3 Espacio y tiempo en las adaptaciones

En pocas palabras, la imagen de Japón se difundió por todo el imperio. Esta difusión fue impulsada tanto por los escritos descriptivos de los misioneros, por las embajadas Japonesas que causaron un gran revuelo, así como por los sucesos relacionados a los mártires del Japón. El mundo en el siglo XVI y XVII era inmenso en

⁶³ CID LUCAS, Fernando: «Tres notas sobre la celebración de los mártires ibéricos hechos en Japón en las artes performativas españolas del siglo de oro», ZAMORA CALVO, *Op. Cit.* p. 77
p.77 Zamora calvo

⁶⁴ GINZBURG, Carlo: *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Ediciones Península, Barcelona, 2009, p. 106

términos relativos comparándolo con el actual. la lenta velocidad con la que la información se difundía, junto con la importancia de la tradición oral y la preexistencia de imágenes preconcebidas y fantásticas de Oriente, hicieron que la imagen de los Japoneses se deformara ligeramente en cada lugar y dentro de estos en cada unidad sociocultural. En general, se prescindió de las descripciones exhaustivas, se tendió a generalizar con lo poco que se sabía o se dio a la imagen un uso concreto. Las deformaciones de la historia parecen más acuciadas en la península donde los contactos con Japón solían venir por manos de terceros, solo así se explica que Lope de Vega considerara a Hideyoshi el salvador de los cristianos y un aliado de los mártires.

5. Conclusiones

Aunque para nada comparable a la muy ordenada estructuración “geocultural” del mundo que se fraguó durante el siglo XIX y XX con la creación o popularización de términos como Oriente Próximo, Oriente medio⁶⁵ y extremo Oriente que hemos heredado en la actualidad y pese a lo difuso y general de algunos de los términos utilizados durante el siglo XVI y XVII, como “las indias” u Oriente, durante estos siglos los europeos habían estructurado a los pueblos de los nuevos mundos de una manera quizá más rudimentaria pero igualmente compleja.

Dentro de esta estructura Los japoneses, junto a otros imperios como el Chino, fueron vistos de una manera idealizada y positiva, a ojos de los ibéricos *entre gente ynfiel non se hallará a otra que gane a los japoneses; gente de honra y mucha maravilla*⁶⁶. Su cultura y sus tradiciones eran consideradas extrañas, pero superiores a las de los otros pueblos descubiertos, ya fueran africanos, americanos o indios. El motivo de que fuesen considerados de esta manera fue debido a un cúmulo de factores. En primer lugar la tradición medieval, que había llenado el Oriente de leyendas y mitos relacionados con la existencia de una civilización cristiana, el Preste Juan. En segundo lugar su civilización, que pese a poseer una cultura extrañísima a ojos europeos, era también similar, tenían armas similares a las castellanas y conocían la pólvora, un orden publico extraordinario aunque severo, un idioma y un arte elaborados. Por último, quizás debido a sus normas sociales, a lo impresionante de su cultura o a el mito del

⁶⁵ Para una breve síntesis del origen del término ver KOPPES, Clayton R. «Captain Mahan, General Gordon, and the origins of the term ‘Middle East’.» *Middle Eastern Studies* 12 (1), 1976, pp. 95-98.

⁶⁶ FERNANDEZ, Op. Cit. p.83

Preste Juan, los misioneros creían que el pueblo japonés era el más propenso a convertirse al cristianismo. Esta imagen generada por los misioneros que trabajaban en Japón, viajó y se adaptó a los diferentes lugares del imperio. Cada grupo cultural parece haber entendido la imagen a su manera, aunque en muchos casos parece conservarse algo de la nueva imagen formada por los misioneros y también de la tradición mítica preexistente.

Este trabajo se ha realizado mayoritariamente sobre estudios historiográficos existentes y no sobre fuentes documentales. Nuevas líneas de investigación fundamentadas sobre un trabajo documental exhaustivo podrían determinar de manera mucho más precisa las transformaciones de la imagen de Japón a través de los diferentes espacios del Imperio, indagar sobre cómo aquella era entendida en los diferentes estratos sociales de América o la península. También resultaría de especial interés contrastar esta imagen de Japón en la cosmovisión castellana con la de otros Estados con los que Japón tuvo acercamientos más comerciales y menos religiosos, y con los que siguió manteniendo tratos incluso después de la expulsión de los cristianos, como Inglaterra.

6. Bibliografía

BERCHET, Guglielmo: *Le antiche ambasciate giapponesi in Italia*. Visentini, 1887.

BUXEDA DE LEYVA: *Historia del reino de Japón y descripción de aquella tierra*, Zaragoza, 1591.

CABEZAS, Antonio: *El siglo ibérico del Japón: la presencia hispano-portuguesa en Japón (1543-1643)*. Universidad de Valladolid. Secretariado de Publicaciones. Valladolid, 1995.

FROIS, Luis: *Tratado sobre las contradicciones y Diferencias de costumbres entre los europeos y japoneses (1585)*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2003.

GIL, Juan: *Hidalgos y samuráis: España y Japón en los siglos XVI y XVII*. Alianza Editorial, 1991.

GINZBURG, Carlo: *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Ediciones Península, Barcelona, 2009.

IWASAKI, Fernando: *Extremo Oriente y el Perú en el siglo XVI*. Fondo Editorial PUCP, 2005.

KLOR DE ALVA, J. Jorge, & QUARTUCCI, Guillermo: «La imagen de los japoneses en el pensamiento de los misioneros: un estudio comparativo de sus efectos en los intentos proselitistas en Japón y la Nueva España». *Estudios de Asia y Africa*, 1983, pp. 1-14.

KOPPES, Clayton R. «Captain Mahan, General Gordon, and the origins of the term 'Middle East'». *Middle Eastern Studies* 12 (1), 1976, pp. 95-98.

NOELLE-NEUMANN, Elisabeth: *La espiral del silencio*. Paidós, 1995.

OLLÉ, Manel: *La invención de China/The invention of China: Percepciones Y Estrategias Filipinas Respecto a China Durante El Siglo XVI/Philippine Perceptions and Strategies Towards China During the Sixteenth*. Otto Harrassowitz Verlag, 2000.

REYES MANZANO, Ainhoa: «Mitos y leyendas sobre las relaciones hispano-japonesas durante los siglos XVI XVII». *Brocar: Cuadernos de Investigación Histórica*, 2005, nº 29, pp. 53-76.

REYES MANZANO, Ainhoa: *La Cruz y la Catana: relaciones entre España y Japón (Siglos XVI-XVII)*. Tesis Doctoral. Universidad de La Rioja. Logroño, 2014.

TAKIZAWA, Osami: «El conocimiento que sobre el Japón tenían los europeos en los siglos XVI y XVII (I): Japón lugar de evangelización». *Cauriensia*, 2010.

TAKIZAWA, Osami. «El conocimiento que sobre el Japón tenían los europeos en los siglos XVI y XVII (II): los japoneses destinatarios de la evangelización». *Cauriensia*, 2010.

TAKIZAWA, Osami: *La historia de los jesuitas en Japón (siglos XVI-XVII)*. Universidad de Alcalá, 2010.

ZAMORA CALVO (Ed.), *Japón y España: acercamientos y desencuentros (siglos XVI y XVII)*, Satori Ediciones, Gijón, 2012.